**GPAB. Bilbao, 2019**

**A propósito de la dimensión simbólica en una clínica en la que faltan palabras, cuerpo del pensamiento.**

* **“Dad palabras al dolor. La desgracia que no habla murmura en el fondo del corazón, que no puede más, hasta que le quiebra”.** (*Macbeth*. W. Shakespeare.)

Esto es lo que pone Shakespeare en boca de Malcolm, luego que éste exclamara: “¡No hundáis el sombrero sobre vuestras pupilas!”, refiriéndose a Ross al relatar lo sucedido a la esposa, los hijos y los criados de Macduff y que en la explicación de los hechos, trata de ocultar. En definitiva, explicitar que todos ellos han sido asesinados por orden de Macbeth.

Entiendo que cualquier texto es una obra colectiva, ya que el material simiente de todo discurso proviene de muchas fuentes que han terminado plasmadas en él, por lo que, en mi caso, sólo me queda asumir la responsabilidad de lo que exprese hoy aquí.

Parafraseando al poeta Herberto Helguer cuando dijo que mudaba al portugués poemas nacidos en otras lenguas, mudo a mi lengua lo expresado por otros autores.

Por lo mismo, quiero reconocer de forma singular, la importante aportación a mi discurso que ha hecho Sylvie Arbiol, colega del otro lado de los pirineos, con la que hace años venimos manteniendo encuentros de teorización y reflexión sobre nuestra labor clínica.

“Se impone el desafío ético de reinventar lo conocido pero, desde la creación de nuevas originalidades”. Como advierte Mempo Giardinelli, en su *Final de novela en Patagonia.*

Macduff se enfrenta a un duelo de muy difícil elaboración, duelo al que no hay palabra que lo represente. El dolor por la muerte de un hijo.

Aunque últimamente se viene configurando una plataforma que insta a la RAE a considerar la palabra Huérfilos para designar a aquellos padres que han perdido un hijo.

Otra opción es conservar el vacío a la búsqueda de una representación. Si algo amplía y enriquece nuestro mundo simbólico es el de alimentar ese vacío con historias nutridas a partir de palabras propias, que no se encierren en un concepto.

La poeta Clara Janés escribe: “La realidad más que por los hechos, está constituida por palabras y cuanto más pobres son las palabras, más pobre es la vida”.

Me pregunto, en este sentido, cuales serán las consecuencias si desde la cultura, que aporta el material para nuestra constitución como sujetos, se favorece de forma marcada la actividad pulsional.

Considero que el trabajo como analista resulta difícil objetivarlo por el riesgo de cosificarlo, y consecuente con ello, es dificultosa su transmisión.

Convengamos que nuestra praxis no es un objeto estático, rígido, sino que está alienada y abierta en un devenir: un proceso creativo entre dos que crea un tercero y que la misma experiencia genera.

Actividad que, si conseguimos llevarla a cabo, permite descubrir otras realidades dentro de un desarrollo que desmiente cualquier intento de unificarlas, por lo que se hace difícil reflejar en una transcripción que pretenda ser ajustada estrictamente a lo ocurrido durante la misma.

Es una aventura que intenta crear una nueva realidad psíquica, renovar entre otras cosas, la novela familiar, y que nadie puede predecir cuando ni como acabará.

¿Cómo reflejar en la lectura de un caso o viñeta clínica todos los matices generados en la sesión y que son claves en el transcurrir de la misma?

“El error del logos abstracto promovido por la cosificación”, señala Gentile: “consiste siempre en pensar que las cosas son algo distinto de nuestra actividad”.

Como psicoanalista me veo como un profesional cuyo campo de actuación es el psiquismo humano, un explorador de la subjetividad, y que tiene como mapas de referencia las diversas teorías y técnicas psicoanalíticas que se plasman en un hacer singular, el que nace de un encuentro entre dos, transferencia mediante, del que no se puede anticipar sus resultados.

“¿Qué es lo que manda? se pregunta Chillida, ¿El hueco o lo que lo delimita, lo que envuelve ese hueco?” Y contesta: “Un juego de límites entre espacio y vacío para crear un lugar.” De allí que en su obra, toma el vacío y sus límites como protagonistas de la misma.

Al hilo de lo dicho por él, el poeta José Valente expresa: “La originalidad de Eduardo es que desocupa el espacio.”

Es en un fondo de falta y de vacío, donde se instalará lo simbólico. Un lugar vacío dispuesto a permitir el juego polisémico del significante, alimento del mundo imaginario. Palabras que den posibilidad al nacimiento de una nueva realidad.

Palabra auroral en expresión de **María Zambrano**, desposeída de significado.Así lo plantea en su libro *Claros del Bosque*, “como un hueco o vacío en el lenguaje. Quebrar la relación significante-significado”. Y agrega, “Hablar de lo que no se puede hablar, sólo experimentar”.

La propuesta de Chillida me hace pensar en el encuadre. Un marco que, según mi parecer, ha de determinar un espacio desocupado de saber, de sentido, de certezas. Un límite para crear un lugar que facilite un encuentro de diálogo.

Desocupar espacio de palabras convertidas en hojarasca, hojas secas, aparentemente sin vida pero que pueden aportar humus a la tierra donde caen. Alusión que nos permite pensar nuestra tarea como artífices de la ocasión, habilitadores de espacios para dar cabida a lo simbólico, con la intención de incorporar una palabra viva.

“¡Como abre la mente decir las cosas por su nombre!”, me dijo un paciente mientras relataba en sesión una discusión con su pareja sobre la limpieza de la casa. De pronto pudo empezar a hablar de la nula vida sexual con ella y las consecuencias que ello generaba en él y entre ambos.

Esa palabra, la que nombra, como representante de lo reprimido, lleva algo de verdad entre sus pliegues que puede entregar el testigo a otras que irán conformando un nuevo relato sobre lo que puede interesar hablar pero que aún no son conocidas.

Una vez más, *La caverna de Platón*, con su alegoría, puede indicar el camino hacia donde apunta todo análisis, palabras que iluminan con luz propia, como fuerzas potenciales liberadoras, aunque sabemos que también pueden ser enceguecedoras.

Palabras gestionadas por el propio sujeto, poseedor, en último término, de la llave de acceso a ellas, aunque a veces ignore esa posesión.

Imagino la estructuración del psiquismo partiendo de un vacío dotado de una fuerza potencial, inicio de la futura conformación psíquica del sujeto, asumiendo que dicha fuerza es ignorante del mundo simbólico que acoge al infans, pero que a la vez, a partir de sus características, será clave en la constitución de su organización psíquica.

Si bien nuestra llegada al mundo viene precedida de una historia de la que somos ajenos, aunque protagonistas involuntarios, el camino vital que comienza con el nacimiento lo hace, desde las excitaciones y sensaciones a las imágenes, y desde los sentimientos a las palabras. En un devenir interminable.

El humano se va construyendo a lo largo de un extenso y complejo camino: desde el infans al sujeto. De la necesidad al deseo. Desde el cuerpo pulsional, erógeno, al mundo simbólico.

Momento trascendental para el aparato psíquico el de los primeros años de vida, en los que determinadas conmociones sobre los órganos sensoriales no acabaran en una representación, no serán incorporadas a las instancias Inconsciente-prec-conciente y por tanto no contarán con la posibilidad de retornar ya que no fueron reprimidas, aunque seguirán formando parte de su vida inconsciente.

Lo que no ha sido simbolizado, no por ello desistirá de tener efecto sobre el sujeto. Los pasajes al acto dan testimonio de que hay algo que tiene poder de decisión sobre determinadas conductas, impulsos difíciles de explicar que se muestran reacios a ser entendidos, que no responden a la voluntad.

Ese resto que no será captado por las redes de lo simbólico y que no dejará de condicionar nuestro devenir como sujetos, será el que no permitirá que se pueda alcanzar el ser del psiquismo, su sustancia, de ahí la necesidad de Freud de considerar una fuerza mítica, a la que designó con el nombre de pulsión. Ubicando su reservorio en el Ello.

¿Fuerza somática o energía psíquica? Freud la consideró un representante psíquico de una fuente endosomática continua de estimulaciones, y cuyo empuje es ciego y contingente. Asociado a la historia del sujeto. Al considerarlas múltiples y parciales, no es posible suponer un fin y un objeto específico. Un objeto natural predeterminado.

Las define como un concepto límite entre lo somático y lo psíquico. Y planteó diversos caminos al hablar de sus posibles destinos, como: represión, transformación en lo contrario, la vuelta sobre la propia persona, sublimación.

Y en el caso de esta última, especifica que: “extrae su fuerza de la pulsión sexual desplazada hacia un fin no sexual, invistiendo objetos valorizados socialmente”. Fundamentalmente asociado a la creación intelectual.

Mari Carmen Rendo habla sobre la complejidad del concepto. Ella sugiere que la sublimación, como función psíquica, puede pensarse como algo que repara. Y la distingue de la creación, por la violencia que emplea ésta.

En todo caso, por lo observado en la clínica, es evidente de que se trata de buscar alternativas a la descarga inmediata que propone la pulsión, y que por tanto, la podemos situar como una de las posibles opciones con las que puede contar el sujeto.

Una capacidad psíquica que le permite una apertura a la creación intelectual como señalara Freud.

Si acordamos que las pulsiones tienen su fuente en una excitación corporal y que ésta dejará una huella en la memoria del cuerpo, el resultado puede ser una respuesta automática cada vez que la misma se ponga en marcha. Dinámica asociada a la compulsión de repetición.

A. Damasio, en relación a la memoria del cuerpo, a partir de una mirada neurobiológica, habla de un sistema emocional automático. Dice que emplea el término emoción para un conjuntos de cambios que tienen lugar a la vez en el cerebro y en el cuerpo.

Advierte que: “Desde el punto de vista neurobiológico, se observa la relativa autonomía de la maquinaria neural que hay detrás de las emociones. Existe un campo enorme de procesos no conscientes.”

Y agrega: “Un sentimiento acerca de un objeto determinado se basa en la subjetividad de la percepción del objeto.”

E indica que: “Existen dispositivos neurales que nos ayudan a sentir “como si” tuviéramos un estado emocional, como si el cuerpo estuviera siendo activado y modificado. Este “como si” se constituye a partir de la evocación de una imagen mental que en otro momento generó un estado corporal determinado.”

Amos Oz, en su novela “*Una pantera en el sótano*”, al referirse a las tentaciones de su protagonista adolescente, las describe como: “diminutas ondas de confusa e indefinida emoción y antes de que te des cuenta de qué es lo que quiere de ti esa emoción, comienza a surgir un gradual ardor interior hasta convertirse en una furia y te llenas de una especie de indolencia libertina: qué pasa?, qué importa?, porqué no?, qué puede pasar?, como si desde adentro te saliera un sonido muy vago pero brutal, irrefrenable, persuasivo e insistente.”

“Y cuando crees que la has satisfecho y esperas estar libre de ella, descubres que eso es un error. Es justo al revés. Como una jauría de perros salvajes que ha olido carne fresca y que después de dejarles probarla se convierten en lobos.”

François Ansermet y Pierre Magistretti, en su libro *A cada cual su cerebro*, señalan que: “Una vez que una fantasía es activada se conecta con un estado somático específico y exige una descarga que entra en cortocircuito con la razón.”

Todos ellos hablan de unos hechos que una lectura racional no permite dar cuenta, aunque sin embargo, son fuerzas que llevan a actuar al sujeto sin que éste pueda identificar su sentido ni limitarlas. Repeticiones que tienden a no ser idénticas, ya que si bien son fuerzas ciegas el acto es contingente.

Fuerzas cuyo origen el vienés ubica en el cuerpo, y que imponen un trabajo al aparato psíquico. Cuyo empuje tiene como objetivo una satisfacción, con el resultado de que el objeto alcanzado para supuestamente conseguir dicha satisfacción, nunca termina de ser el adecuado, siempre es provisional.

¿Es el objeto el revelador de la pulsión? ¿Es de un encuentro inesperado, satisfacción mediante, el que hará que ese objeto pase a ser insustituible, vivido como indispensable para su existencia por parte del sujeto?

Thomás De Quincey en “*Confesiones de un ingles comedor de opio”*, escribió:

“La primera vez que fui al Paraíso de los comedores de opio, conocí allí a la droga celestial. Esta era la panacea de todos los males humanos; aquí estaba, descubierto de un golpe, el secreto de la felicidad. El dolor que no se temió encuentra el alivio que no se esperaba”.

Baudelaire en su obra *Los paraísos artificiales*, cita al escritor inglés hablando sobre su, “precoz sensibilidad, que le procuró tantos goces y tanto horrores, de su inmenso amor a la libertad y también, al miedo que le producía la responsabilidad”.

Pienso que De Quincey, en su descripción, nos muestra a través de su propia experiencia, un sufrimiento desconocido por el sujeto y que sólo al aliviarse de él le permite tomar conciencia de que existía. Y el francés aporta algo del psiquismo donde se hizo un lugar el opio, cerrando la posibilidad a uno simbólico.

Muestra que los objetos resultan mudables, inestables y contingentes, asociados a fuentes somáticas múltiples, con fines múltiples y parciales. Conformando las zonas erógenas que no se subordinan a la zona genital. De ahí la necesidad de diferenciar el cuerpo anatómico del cuerpo erótico.

El sujeto deberá hacerse cargo de ese gran desconocido que es su cuerpo, dotado de una dinámica pulsional ajena a toda significación. Por ello la importancia de dotarse de un mundo simbólico que le permita poner palabras, dar forma y sentido a lo que registra e imagina sobre él.

No debemos olvidar que al órgano, constituido en especie, sólo le interesa su reproducción, esa es su meta natural. Se alimentará y defenderá para conseguirla.

En cambio, nuestra estructuración psíquica y educación se nutre de una cultura, de un orden simbólico a través de interpósitas personas, portadoras de posibles identificaciones, que nos aleja de ese vivir animal. La supervivencia de la especie puede ser opuesta a la del humano.

Es el caso del infans, sobre él actúan deseos, afectos, goces, emociones, significantes, que sobredeterminarán su mundo imaginario. Lo vivido antes del lenguaje dejará su huella y alguna que con valor de trauma, condicionarán su vida como futuro sujeto. Como subraya Pascal Quignard, “No hay forma de liberarse de lo arcaico”.

Ansermet y Magistretti apuntan a una plasticidad neuronal que permitiría la inscripción de la huella que deja la experiencia. Dicen que: “dicha plasticidad, considerada hoy en la base de los mecanismos de la memoria y del aprendizaje, es fundamental para la neurobiología, ya que ha posibilitado salir de una visión estática del sistema nervioso.”

Y agregan: “La plasticidad participa en la emergencia de la individualidad del sujeto. Cada una de nuestras experiencias es única y tiene un impacto único. Si consideramos la experiencia como determinante en el devenir del sujeto, nos alejamos de un determinismo genético exclusivo que establece desde un inicio su destino. La plasticidad sería, entonces, ni más ni menos que el mecanismo por el cual cada sujeto es singular y cada cerebro único.”

Y así, ese cuerpo se irá subjetivando en una experiencia singular al sumergirse en las redes del medio cultural que nuestra pertenencia a la especie Homo Sapiens Sapiens propicia, alejándose de la supuesta pura biología que lo vio nacer.

El entorno que acompaña al recién nacido aportará, de forma inconsciente, el material que, luego de metabolizarlo, el futuro sujeto usará ya transformado en la construcción de su aparato psíquico, aunque no sea consciente de ello.

Primeros objetos que preparan su llegada anticipando un escenario posible y cuya contribución a la psiquización del infans se traducirán en las primeras identificaciones de éste. Son ellas las que irán conformando un fondo, ya psíquico y propio. Subjetivado por él.

Subjetivación que a mi entender, como analistas, nos impela a procurar habitar la experiencia desde el entramado único que propone. Una tarea, que como todo lo artesanal, siempre será singular, imposible de reproducir o imitar.

Así veo mi trabajo como practicante de la función simbólica. Función que tiene como objetivo dar una salida humana al sin sentido pulsional. Dar una alternativa mediatizada al requerimiento inmediato de satisfacción como propone la pulsión.

De allí, la importancia que doy a desocupar en la tarea que emprendo. Remover su actual escenario psíquico desde el cual el sujeto despliega su sentir y hacer en la vida, escenario imaginado en consonancia con un relato congelado, que tiende a repetirse, fruto de como se fue configurando su organización psíquica.

Remoción practicada a través de ir introduciendo nuevas lecturas al guión que sostiene las conductas puestas en cuestión por el sujeto. Extraer significantes de su propio relato y convertirlos en pivotes que permitan girar sobre ellos en nuestro diálogo, con el objetivo de ampliar el juego metafórico y metonímico.

Al estilo de lo que Freud demuestra con el sueño en lo que respecta al lenguaje y su relación con el inconsciente del sujeto a través de la condensación y el desplazamiento, y que por su parte Lacan incorpora en su discurso la metáfora y la metonimia, por mi parte los pienso como recursos lingüísticos para hablar de síntoma y deseo.

El síntoma viene a funcionar como metáfora, y la metonimia representa a ese deseo inconsciente que siempre es deseo de otra cosa.

Significantes que, dada su facultad polisémica, pueden abonar un terreno fértil para permitir una alternativa a una narrativa solidificada que se muestra reacia a su modificación.

La intención es transformar un accionar automático en una historia que el sujeto pueda ir haciéndosela suya. Integrar esas experiencias a representaciones que, no obstante, se deberán tomar como provisionales.

En la medida que comencemos a deconstruir la crónica con la que el sujeto presenta lo que le ocurre, debemos ofrecer en paralelo una alternativa a la misma, usando como herramienta nuestra capacidad de imaginar, crear juntos otra posible versión de los hechos narrados, teniendo en cuenta que la sola deconstrucción puede colocarlo frente al horror de un vacío imposible de sostener.

Una vez construida esa otra historia posible, comenzaremos a deconstruirla para erigir sobre ella otra nueva construcción, en una secuencia difícil de anticipar.

Empresa que requerirá contar con Eros como aliado, ya que representa la fuerza libidinal de la dinámica deseante, fuerza fundamental para la generación de nuevos fines, de nuevas metas a alcanzar.

Fuerza de oposición a la propuesta de goce a la que la pulsión de muerte aspira. Sabiendo que van juntas, conformando una dinámica, si me permiten el neologismo, eróticotanática.

Pero crear, tarea inevitable en la construcción del sujeto, tiene un coste importante en términos de duelos y por ende, de sufrimiento psíquico, debido tanto a las pérdidas significativas que el proceso de constituirse en sujeto conlleva, como a aceptar lo que no es posible alcanzar o adquirir por él a lo largo de su existencia.

Ese dolor, siempre puede contar con la posibilidad de disponer de un calmante que atenúe el padecer implícito en toda creación.

Las características de lo utilizado marcará los efectos sobre el desarrollo de la misma, ya que la dinámica deseante siempre se verá acompañada de un posible goce y en la búsqueda de mitigar el malestar, puede tomar éste el mando del rumbo a seguir por el sujeto.

En el malestar humano prima la subjetividad por ello la dificultad de objetivarlo. Y en el caso del dolor psíquico traducido en sufrimiento psíquico, la magnitud del mismo, como toda dolencia, se reconocerá sólo a partir de su alivio. De ahí la importancia que adquiere el calmante elegido.

Aquello que lo consiga será destino para la implementación de futuras respuestas, y éstas dependerán de los recursos psíquicos del sujeto para dar cuenta de un goce que, con su propuesta de ir “Más allá del Principio de Placer” parece prometer un posible paraíso donde vivir.

Y sabemos que los paraísos en la vida humana, en definitiva, son diseñados en base a la prevalencia de la pulsión de muerte.

El verbo nirvä (en Sánscrito) significa, literalmente “extinguirse”, no en forma transitiva, no pasar a otra cosa, sino, al estilo de como se apaga el fuego privado de combustible, el fuego de la vida se “pacifica”, se extingue. En el nirvana, el lenguaje mismo se retira.

Eximirse del lenguaje, no ser ya uno mismo, no pensar, esa es la propuesta del nirvana. Y tiene como corolario la anestesia del deseo.

Una respuesta inmediata con el objetivo de calmar ese dolor suele ser eficaz en el corto plazo, aunque funcionará al estilo de un paliativo.

Y según el lugar que ocupe en la economía psíquica del sujeto, puede obturar la posibilidad de introducir el acontecimiento dentro de una historia que otorgue sentido y con ello la estabilidad que proporciona la función simbólica.

Shakespeare propone la palabra verdadera con la intención de aliviar el dolor, elemento clave en nuestro hacer como artesanos de la función simbólica. Pero la cuestión para nosotros es, ¿qué palabra?

Se me ocurre que ha de ser una palabra que de posibilidades a la creación y que como tal, alimente el terreno simbólico. Al estilo de lo que plantea W. Benjamín: “Una palabra es el nombre de una idea”.

Por tanto, una voz que abandona las frases hechas, la retórica cómplice del goce, en definitiva, una que rescata algo del discurso de aquello que esconde.

Se trata de tener en cuenta que lo dicho lleva consigo, mas allá de lo que signifique, una dimensión en lo que se apunta a otra cosa. Aproximarse a esa dimensión requiere evitar la fascinación que también le acompaña.

Si adherimos a la teoría que dice que el discurso construye la realidad y aceptamos que los pensamientos, las imágenes y los sentimientos no están por fuera del lenguaje, es decir, la palabra los reemplaza, el relato de unos hechos nunca puede ser la realidad material de esos hechos, sino la historia de cómo ha ocurrido determinado suceso. Los recuerdos no equivalen a lo vivido en el pasado.

Lo que hace único al hombre es su capacidad de simbolizar. *La palabra conforma el cuerpo del pensamiento*. Vivimos en un universo simbólico, conformado por un sistema de representación que se plasma en lo que se conoce por cultura, es decir, creencias, mitos, ritos, que son acordados por la sociedad de referencia del sujeto. Es lo que conforma la subjetividad de la época.

Por ello es que debemos considerar que la cultura tiene función estructurante del psiquismo. Siempre va acompañada de lo que Nelly Schnaith en su ensayo *Paradojas de la representación* llama: “una cierta violencia simbólica, presupuestos fundamentales, pre-reflexivos que asumimos como dados”.

Ella precede a todo nacimiento y formará parte, entre otras fuentes, de las futuras identificaciones del sujeto.

Se establece un orden simbólico que determina al sujeto de manera inconsciente. De ese orden se desprende la función y la eficacia simbólica. No hay pensamiento natural independiente de las determinaciones histórico-culturales.

Ellas conforman lo simbólico, es decir, representaciones que se basan en el lenguaje, aquello que falta en el lugar de las cosas.

Por tanto, la representación de cosas nunca puede ser la verdad última de esa cosa ya que su función es reemplazar la presencia de algo. Es necesaria para vivir en el ámbito de lo humano, aunque tendremos que estar atentos para no confundirla con la realidad.

La representación entonces, como tal, representa la realidad, no es la realidad. Schnaith manifiesta que tanto el positivismo como el idealismo cometen el mismo error, las igualan.

En la clínica que os propongo para reflexionar juntos, nos encontramos con un pensamiento que es suplantado por un actuar impulsivo. Como plantea Massimo Recalcatti, el acto toma el lugar del pensamiento.

Si estamos de acuerdo en que la experiencia, para que permita una articulación simbólica, necesita una suspensión del acto, ¿qué pasa cuando el vivir la experiencia es reemplazado por una descarga que no permite ninguna elaboración simbólica, ninguna mediatización?

He allí el caldo de cultivo que genera una actuación huérfana de toda contención, con las consecuencias y riesgos que todo acto impulsivo conlleva.

El cuerpo impone su presencia, es destino, señaló Freud. Inseparable de la química que le sostiene, juntos conforman una pareja rica en intercambios, podemos decir que a su manera se comunican, murmuran, pero el órgano no tiene la capacidad de representar.

El cuerpo no habla pero expresa. La cuestión está en poder tener presente que nos está comunicando algo más que el sufrimiento orgánico.

La escucha debe suplantar a la mirada. Al estilo de una semiología simbólica frente a la semiología anatomo-clínica que propone la medicina en relación al síntoma.

Su funcionamiento, a simple vista, no siempre permite la articulación a un sentido. Signos que a veces son difíciles de explicar desde una mirada biológica o una constatación fenomenológica. En este sentido, ¿es posible obviar el componente psíquico frente a cualquier problemática corporal, u orgánica?

Que duda cabe que una crisis asmática está expresando algo más que la dificultad de expulsar el dióxido de carbono, es evidente que también está el correlato biológico que requiere ser atendido, dado el riesgo de vida que una crisis severa conlleva.

Pero no se puede soslayar el componente intrapsíquico que participa activamente tanto en la puesta en marcha del broncoespasmo, como en su resolución.

Ya los presocráticos establecían que el cuerpo también piensa, que separar cuerpo y alma responde más a una arbitrariedad que a una realidad. Realidad que nos muestra a cada momento que estamos frente a una unidad imposible de dividir.

Por tanto, si dejamos de priorizar la vista u otros sentidos e incorporamos la escucha como recurso privilegiado frente al relato de todo sufrimiento físico, serán las palabras las que posiblemente alumbrarán algún sentido a lo que parece no tenerlo. De la semiótica a la semántica. Del signo a la palabra-significante.

Se trata de emanciparnos de un discurso que no tiene en cuenta el potencial generatriz que la misma narración contiene. No se trata de oír, sino de escuchar más allá del significado ya otorgado, dejar de lado el entender para intentar adentrarse en un decir que puede ofrecer pistas sobre otras significaciones sostenidas por el mismo relato.

Escuchar las palabras tratando de atravesar la opacidad que les acompaña y acercarnos a los misterios que encierran en su decir.

Las teorías pueden, a veces, hacer un flaco favor a nuestro trabajo si no tenemos en cuenta que serán referencia y no la Verdad a seguir.

Nos brindan mapas que han acompañado nuestra formación y nuestro hacer, aunque la características de la clínica muchas veces desafía los presupuestos con los que nos manejamos y por eso, al recurrir a ellos para tratar de no perdernos, corremos el riesgo, si los seguimos a pie juntillas, de extraviarnos como analistas.

Ahora permítanme un inciso para referirme a Rafael Sánchez Ferlosio que hace unos días nos ha dejado. Supo volcar en sus ensayos un pensamiento sin concesiones, en un estilo que me recuerda a Montaigne.

Vaya como pequeño homenaje la cita de uno de sus pecios: “tener en cuenta que el dogma es una idea a acallar”.

Entonces pues, mapas sí, pero sólo como marcos de referencia sometidos a nuestro punto de vista, a nuestra experiencia, a un saber propio que también se nutre con la intuición. Y de esa forma alejarnos de una actividad que puede ser transformada en un actuar burócrata, que se acerca más a un programa que a un proceso.

Para nada se trata de satanizar la burocracia ya que entiendo que todo encuadre, pensado como marco que pretende hacer las veces de contenedor y estabilizador del proceso psicoanalítico, tiene algo de burocrático en lo concerniente al conjunto de acuerdos, entre paciente y terapeuta, y cuyo objetivo descansa en la pretensión de conseguir un mínimo de interferencias en la tarea analítica.

Tarea que requiere de reglas. Sobre todo si pensamos en que estamos en un procesoque puede ser largoen el tiempo y complejo en su desarrollo y evolución, por lo que se hace necesario contar con pactos que den estabilidad a una dinámica que se sostiene en un devenir impredecible dada la multitud de variables que participan en cada acto humano.

Y sobretodo, y este es mi caso, si tomamos el análisis como una aventura. Atreverse por caminos no señalados, animarse a transitar por lo imprevisible de una experiencia que tiene como meta crear nuevos escenarios de vida a partir de lo vivido y a la vez ignorado por el sujeto.

Como les decía, esas reglas deberán tener en cuenta el conjunto de circunstancias, condiciones o características que acompañan el pedido de tratamiento, ya que ellas van a determinar una situación singular que condicionará nuestro hacer.

El material con el que trabajaremos asomará entre palabras a medio decir, entrecortadas, seguidas de largos silencios, interrupciones, incumplimiento de acuerdos, actuaciones ricas y variadas con alto contenido tanático que tienen como objetivo deshacerse de la tensión interna que padece el sujeto.

Todo lo anterior dificulta seriamente la tarea ya que, frente a la provocación que entraña contemplar los efectos de la autodestrucción, se corre el riesgo, con las consecuencias que ello acarrea para el proceso propuesto, de no aceptar que lo contingente de nuestra presencia y nuestro hacer, a veces, muchas veces, no puede modificar el determinismo que el sujeto despliega en su sino vital.

Los cambios socio-culturales van acompañados de cambios en el sujeto y por tanto, en la clínica, y como consecuencia de ello, se hace necesario revisar tanto nuestro hacer como analistas como la teoría que lo sustenta, ya que trabajaremos con un psiquismo singular que ha subjetivado dichos cambios.

Se entiende entonces las dificultades de formalizar un encuadre-tipo. Un encuadre excesivamente pautado puede oficiar de regla inútil, constituirse incluso en un marcoque propicia abandonos. Cada encuadre tiene algo de acto creativo también.

De más está decir que debo pertrecharme del material necesario para llevar adelante la aventura, tanto en lo personal, como ética y profesionalmente, debido a la responsabilidad que implica ser depositarios, entre otras cosas, del destino de otro sujeto que transferencialmente se entrega, basándose en ese supuesto saber que se nos otorga y que es imprescindible para llevar adelante nuestra tarea.

No puedo perder de vista que el que yo me anime a dicha aventura, debe de tener en cuenta, a su vez, que este viaje se hace entre dos y que, frente a la incertidumbre que puede generar mi propuesta, mi compañero de viaje asocie ésta al desamparo, a la locura, a la muerte.

Me parece importante avisar que nadie puede asegurar que sea posible llevarla adelante. En esta clínica nos tenemos que dotar con altas dosis de paciencia y humildad, tanto por su complejidad como por la dificultad de sostener el largo proceso que encaramos.

El psicoanálisis, tiene en la palabra su herramienta principal y el inconsciente como elemento claramente diferenciador en el campo de las psicoterapias.

El analista trabaja con pacientes en transferencia, de ahí la necesidad de proveerse de una escucha habilitadora de un espacio y un tiempo que permita el despliegue del juego transferencial, esencial para su propuesta.

Pensar sobre lo humano, significa reconocer que el deseo se ha instalado en el campo de la necesidad. Y de esto se trata entonces, reconocer en el deseo la fuerza que ha permitido al hombre ampliar los márgenes de vida que la condición animal propone.

Por este motivo se me hace difícil pensar un análisis limitado a un número determinado de sesiones, o breve, o focal. De allí que nuestra oferta terapéutica, que evita soluciones consoladoras, tenga muchas dificultades para hacerse más lugar en una cultura que prima los resultados en función de una resolución rápida, acompañada del menor esfuerzo personal posible y por supuesto, que sea rentable en términos de dinero y tiempo invertido.

Si bien en nuestra tarea se identifican como reglas fundamentales: la asociación libre, la atención flotante y la abstinencia, va de suyo preguntarse que pasa cuando las particularidades de la organización psíquica del paciente al que tratamos, no puede responder en los términos que, supuestamente, nuestra técnica propone.

En mi práctica, me encuentro muchas veces que no sólo no hay demanda, tampoco hay síntoma. Generar una y otro, forma parte del proceso que se inicia desde el primer encuentro.

¿Ello nos aleja del lugar de analista? ¿Esa organización psíquica es incompatible con un proceso psicoanalítico?

¿Qué límites hay? Podemos incluir en nuestras intervenciones: comentarios con rasgos pedagógicos?, ¿Introducir propuestas ortopédicas que intenten sostener la fractura que toda crisis provoca, con el objetivo de que la misma no se suelde?

¿Podemos medicarsi es que estamos autorizados para elloy seguir ocupando el lugar de analistas? ¿Es imprescindible el uso del diván?

Y ya que estamos en un espacio íntimo de reflexión entre pares, quiero compartir con ustedes una pregunta que me hago a menudo en relación a mi práctica psicoanalítica: ¿Estoy en posición de analista? ¿Hasta donde puedo modificar la técnica sin que deje de ser psicoanálisis lo que realizo bajo ese nombre?

Como escribe Louise Penny: “Cuatro frases conducen a la sabiduría: Lo siento. Me he equivocado. Necesito ayuda. No lo sé.”

Mi intención aquí es reflexionar en torno a un sujeto en el que se destaca un empobrecimiento en la función simbólica, donde las conductas impulsivas revelan un modo de satisfacción pulsional que denuncian serias deficiencias en su pasaje por lo edípico. Tomo como eje de mi trabajo la relación establecida del paciente con la castración.

En principio, es importante intentar identificar las características de los recursos simbólicos adquiridos como resultado de su pasaje por la triangularidad edípica. Triangularidad que debemos imaginar tratando de tomar distancia de las figuras humanas y acercarnos a una función.

Pistas sobre dichas particularidades pueden ser, por ejemplo, las características y modos de comunicación, el tipo de respuesta a los interrogantes que se presenten en el diálogo que establecemos, los silencios y su relación con ellos, cuanta presencia tiene la metáfora en su narración, el grado de compromiso de los acuerdos que podamos establecer, la autocrítica, la capacidad o incapacidad de humor e ironía sobre si mismo, etc.

Elementos que nos pueden orientar en cuanto a la participación del tercero en la construcción de su organización psíquica, ya que de ello depende las características de su conformación y por tanto, los recursos del sujeto para llevar a cabo la transformación subjetiva que se pretende.

Quisiera destacar el tema del humor, ya que es un importante relativizador de discursos, de certezas y prejuicios. Juega con la exageración, con las paradojas. Puede ayudar y mucho a relativizar la presencia de un superyó severo y por momentos cruel y disminuir así la amenaza paranoide.

El humor ha de jugar también un papel destacado en nuestras intervenciones a través de incorporar un lenguaje de doble sentido, ocurrencias acompañadas de ironía. Recursos claves a la hora de propiciar rupturas en un relato sostenido por certezas.

La clínica que os propongo revisar nos muestra un paciente que se mueve en un mundo con un importante componente narcisista, polarizado entre la omnipotencia y la impotencia, donde predomina lo imaginario.

Rasgos asociados a defensas que fueron implementadas ante la dificultad de dotarse de recursos que los objetos primarios no pudieron aportar. Los imagino como aquellas personas que frente a una amenaza en donde corre peligro la vida escapa con lo puesto.

“La organización psíquica se construye en base a defensas que buscan calmar el dolor, la incertidumbre, el desamparo”, nos dice D. Winnicott.

Les presento el decálogo que sostenía el mundo imaginario que una paciente pretendía conquistar:

1) Quiero saltarme las normas cuando me apetezca.

2) Quiero vivir sin tener problemas.

3) Quiero que todo sea como yo quiero y a mi manera.

4) Quiero sentirme segura sin saber que mis padres están o no están.

5) Quiero no dudar.

6) Quiero no trabajar y tener dinero.

7) Quiero ser fuerte y segura.

8) Quiero sacarme toda la rabia que llevo dentro.

9) Quiero hacer lo que me apetezca cuando yo quiera.

10) Quiero beber de todo sin remordimiento.

Y llega un quiebre a la fantasía omnipotente, lo que posibilita la aparición de una demanda:

Quiero saber que es lo que me gusta y lo que no.

Quiero saber porqué hago cosas que sé que están mal pero igual las repito.

Quiero aceptar el no.

Quiero apreciar lo que tengo.

Quiero no hacer una montaña de pequeñas cosas.

Quiero mostrar mis sentimientos sin sentir que hacerlo es ser débil.

Y luego de escucharse, me dice:

“Si te das cuenta, en lo que he dicho hay contradicciones. Parecen dos personas”.

Con el transcurrir del proceso analítico fueron apareciendo los no quiero:

No quiero tener ansiedad.

No quiero tener miedo ante la incertidumbre. Me siento débil y me da miedo.

No quiero tener que ser perfecta.

No quiero depender de mis padres.

No quiero sentirme perdida.

No quiero tener miedo al fracaso, al rechazo, al ridículo, a defraudar, sentirme culpable.

En una sesión trae un dibujo para mostrarme como se sentía.

“Esa es mi figura humana expresando el miedo que me produce una paralización mental y física. Me siento encerrada a oscuras y no veo ninguna salida. Si ves, hay una pequeña ventana donde pueda entrar algo de luz y aire”.

Ese dibujo, esa pequeña ventana, vía transferencia, obraron de significantes en nuestro proceso, como referentes del camino a seguir en busca de aire y luz frente al mundo oscuro y sin salida que vivía.

A partir de esas características me propongo construir una historia en la que se vea reflejada y sea la protagonista de la misma, intentando convertir esa hojarasca de la que antes les hablé, en un humus fertilizante.

Intento crear una alternativa a lo relatado y ante las dificultades de que sea el propio sujeto quién la genere espontáneamente, le pido que imagine y que pruebe describir el escenario de lo que acaba de contar y de esta forma vamos incorporando palabras a lo así imaginado.

La intención es construir una historia que permita ir sintomatizando el sufrimiento y las actuaciones. Que éstos puedan ir integrándose a la historia que juntos vamos creando a partir de palabras que no permitían historizar, ya que su vida se juega en la inflexibilidad de lo dicho y en la inmediatez del acto.

Pero en este tipo de propuesta tenemos la responsabilidad de crear significado sin imponer el nuestro. Construir un relato de raigambre histórica, siempre orientado por lo que emerge de verdad subjetiva en el relato del paciente.

Como advierte Freud al hablar de la relación transferencial en " Esquema del psicoanálisis”: "Ante lo tentador que pueda resultar convertirse en arquetipo e ideal de otros, creando seres humanos a nuestra imagen y semejanza, deberíamos tener presente que se repetiría de esta forma el error de aquellos padres que con su influjo ahogaron la independencia del niño, y así por nuestra parte estaríamos sustituyendo aquel temprano vasallaje por uno nuevo”.

Por tanto, trato de que podamos ocuparnos de la construcción,para luego, si es posible, por medio de síntoma y transferencia**,** comenzar adeconstruire intentar que el paciente pueda crear una nueva novela familiar fruto de una transformación subjetiva.

Desocupar espacio en nuestro hacer lo entiendo como crear un hueco donde instalar el señuelo del deseo. Ya que ello puede hacer prevalecer los efectos moderadores de lo simbólico como base para el desarrollo de la simbolización, indispensable a la hora de darle una cierta estabilidad a lo psíquico.

Estabilidad necesaria para el objetivo último del análisis en su intención de modificar, vía resignificación retroactiva, la posición subjetiva del paciente respecto al deseo, al goce.

En Macbeth, Malcolmnos muestra, en el dialogo que mantiene con Macduff, algo a lo que apunto en las primeras sesiones. En su caso han matado a sus seres más queridos, hecho que genera, no sólo el dolor y el duelo que debe afrontar sino también la culpa que provoca en él, al sentir que no ha podido defenderlos.

Plantea, planteo, en primera instancia, la necesidad de reconocer el dolor que Macduff siente frente a lo acontecido, el sufrimiento psíquico que ha producido lo sucedido y cómo él lo vive, dar crédito a su narración y con ella poner en marcha una primera construcción alternativa sobre la misma.

Trato de poner límites a las fuerza pulsionales que llaman a la acción a través de impulsar la dinámica deseante, es decir, dinámica que trata de mediatizar la acción y que permite una reflexión sobre los hechos, y una posible respuesta a los mismos ampliando el mundo simbólico y con ello, un mundo de distintas posibles respuestas.

Ulises nos muestra las dificultades para poner límites al llamado de las sirenas. El reclamo de un canto que viene del Ello necesita interponer cadenas para evitar caer en sus requerimientos.

Muestra clara de lo difícil, ¿imposible?, que es poner el coto a una pulsión. No pocas veces requiere de una internación, a tiempo completo o parcial, como puede ser un Hospital de día.

Esa mediación, extrema en el caso de Ulises, busca evitar una satisfacción inmediata, que en Mucdoff es de venganza, y sumergirla en un mar de posibilidades que nos ofrecen las palabras, creadoras de realidad. Ya que todo deseo activado necesita ser acompañado con una ley.

Es decir, basada en una estrategia consecuente con las posibilidades reales de dicha venganza y que tiene su correlato en construir un nuevo escenario, acorde a los recursos para llevarla a cabo, negociando con la acción comandada por el goce del escarmiento.

Las probabilidades de conseguir una respuesta que contemple la reflexión y que por tanto sean los propios recursos psíquicos del sujeto los que medien ante la fuerza pulsional en busca de su satisfacción, están asociadas al resultado de su pasaje por la castración, a la relación establecida entre Narciso y Edipo en el desarrollo de la estructuración psíquica.

Tendrá que negociar con aquello que no tiene o que no puede, ya que la búsqueda de atajos que como tal vienen a intentar evitar su pasaje, no impedirá las consecuencias que sobre su independencia y libertad al pretender ignorarlo, provoca.

En la misma línea de negociar, pero en este caso pensando en nuestro quehacer, habremos de tener presente varias cuestiones en relación a la experiencia clínica que intentamos llevar a cabo, por lo contingente de la misma y las dificultades de conseguir algún logro en el objetivo propuesto, dadas las características que presenta el sujeto a atender.

Son muchos los obstáculos que se nos presentan al proponer nuestro método como respuesta a esta clínica, inmersa en la complejidad de las organizaciones psíquicas que participan.

Entre otras dificultades tenemos: la imposibilidad de predecir un desenlace, el tiempo necesario, imposible de prever, sostener la ineludible frecuencia y continuidad, las limitaciones en la evaluación de los resultados, etc.

Todos ellos pueden avivar el riesgo de que determinadas ideologías, alentadas desde el imaginario social, se infiltren en nuestro discurso y se hagan con el control del mismo y distorsionen los fines que nos proponíamos.

Un elemento que puede jugar en ese caso como antídoto a la ideologías, son las ideas, nuestras ideas, como faros que guíen hacia dónde y cómo vamos.

Explicitar el tipo de psicoterapia que proponemos y estar atentos para evitar que las concepciones que sostienen la particular clínica que defendemos, ellas mismas, se transformen en creencias y por tanto, en una nueva ideología.

El objetivo es colaborar con el paciente en poner en marcha una transformación subjetiva, en medio del conflicto que representa la lucha entre la pasión y la razón.

Si quieren, acorde con lo que estamos planteando, entre la actividad pulsional y la función simbólica. Y por tanto habilitar un horizonte de cambio más allá de la mejora de los síntomas.

Insisto, es importante no confundir teoría, perfiles, estadística, con clínica. Como ocurre en medicina con los estudios complementarios, las analíticas, Ecos, Rx, etc. Son referentes a tener en cuenta, pero eso no es clínica.

La clínica psicoanalítica entiende que los síntomas que presenta el sujeto, responden a una sobredeterminación, metáforas asociadas a múltiples causas que son las que van a generar un efecto, sobre él, sobre su pensamiento, sobre sus conductas, sobre su vida.

Los hechos son contingentes y de ninguna manera pueden responder a un patrón ideal. Generan incertidumbre por lo imprevisible. Y lo que queda de ellos son huellas que terminan ocupando su lugar en un recuerdo que se actualiza. Así es como nos llega el pasado.

Como escribe J.L. Borges en *Todos los ayeres un sueño*: “El pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente”.

La complejidad habita en lo humano, lo que hace imposible la búsqueda de exactitudes, o de cualquier intento categorial. Nuestro trabajo, sumido en un proceso, tendrá que tener presente que en él, también participa el azar.

“No puedo negar mi deseo de unidad, el apetito de resolver, la exigencia de claridad y cohesión. Sólo puedo comprender en términos humanos”. Nos dice Kierkegaard.

Para poner orden al caos, a veces se simplifica el mundo de los fenómenos sin reparar en que al hacerlo, es probable que se termine por falsificar los mismos. Se puede utilizar la razón como justificación de la acción sin tener en cuenta que las causas forman una cadena infinita.

Desde mi posición clínica, veo imposible pronosticar el resultado de cualquier proceso psicoanalítico. Y así debemos hacérselo saber, si lo pide, a quién nos solicita ayuda como terapeutas.

Como les decía, os propongo reflexionar sobre una clínica en la que nos encontramos con pacientes que por las características de su organización psíquica pareciera que las mismas no están acorde a nuestra propuesta, ya que ella requiere de una dimensión simbólica que permita y colabore, tanto en la asunción de una demanda como en la evolución a síntoma de sus actuaciones sin sentido, es decir transformarlas en metáforas.

Un referente en Freud de las características de esta clínica puede ser cuando habla de neurosis mixtas de defensa, las así llamadas de transferencia y las neurosis actuales y de éstas señala: “…sus síntomas no se pueden descomponer analíticamente como los psiconeuróticos. […]No consienten su reconducción histórica o simbólica a vivencias eficientes, no se los puede comprender como unos compromisos de mociones pulsionales contrapuestas,[…] Aunque admito que un tratamiento analítico pueda llegar a tener un influjo curativo indirecto sobre los síntomas actuales.”

Vemos que en este caso, el sujeto busca deshacerse de la tensión interna a través de una actuación, que en muchos casos, termina en una automutilación, a diferencia de las llamadas por el vienés, neurosis de transferencia, en que la pulsión es recubierta por la representación que le otorga expresión simbólica, otorgándole sentido al síntoma.

Insisto, en general, la falta de demanda y una marcada ausencia de lo que conceptualizamos como síntoma, caracterizarán el inicio de estos análisis. Momento en que la dinámica psíquica nos muestra un predominio de lo imaginario, consustancial a un narcisismo que gana protagonismo, evidenciando un pasaje por lo edípico deficiente.

En *Esquema de Psicoanálisis*, Freud habla de “neuróticos de padecimiento grave”. Subraya las dificultades de estos pacientes en llevar adelante su vida, a lo que asocia un consumo importante de energía para defenderse del Ello y por las imposiciones implacables del Superyó.

Clínica que responde a sujetos en los que se observa que el hacer o no hacer reemplaza al decir. La acción o la inhibición no están mediadas por el pensamiento; éste es sorteado por un impulso que se abate sobre un yo incapaz de contenerlo.

Estas características no pretendo que se conviertan en una nueva nosografía que aspire a clasificar o categorizar. Por mi parte los referentes nosográficos siguen siendo: neurosis, psicosis y perversiones. Sé y tengo en cuenta que los conceptos nunca corresponden a una objetivación sin resto.

Por tanto me muevo en un marco que describe una nosografía general y que permite hablar en plural de cada una de ellas, ya que no puede ser de otra manera, en tanto y cuanto estamos frente a organizaciones psíquicas dinámicas y singulares, en constante provisionalidad, base de un sujeto constituido en un devenir permanente lo que hace imposible su sustanciación.

Volvamos a nuestro hacer:

¿Cómo introducir palabras donde no hay preguntas?

¿Cuál es el tipo de relación transferencial que se puede establecer con un sujeto cuya organización psíquica nos muestra un significativo déficit en su diferenciación?

¿Cómo incorporar un elemento transicional, a la manera de un puente simbólico que venga a mitigar los sentimientos de horror y desamparo, traducidos en angustia frente al abismo que nuestra propuesta genera?

¿Cómo poner en marcha una dinámica deseante adormecida, con una probable potencialidad a la espera de ser descubierta?

Preguntas difíciles de responder si tenemos en cuenta la firmeza de las defensas que el paciente despliega y que observamos en cada análisis, como nos lo muestran con claridad las llamadas problemáticas del acto, en las que se advierte que la dinámica deseante se ha transformado para el sujeto en una amenaza para su vida y que pone todo su empeño en neutralizarla.

Freud viendo jugar a su nieto Ernst observa que éste arroja un objeto lejos de él, y al hacerlo exclama oooo, que el profesor interpreta como fort (“lejos”). Para más adelante, dar otro paso en su evolución, y una vez colocado un hilo sujetado por un extremo a un carrete y por el otro extremo a su mano, completar la frase con un Da (“acá”).

De esta forma el niño comienza a dejar una posición pasiva frente a las pérdidas y así, a partir de la dinámica deseante, alimentar la construcción de su dimensión simbólica. En este caso asociado a las ausencias de su madre.

El pequeño recibe una ayuda exterior, alguien le pone palabras a la acción y un hilo al carrete. Palabras, significantes, que alguien les otorga significación. De eso se trata en nuestra tarea como practicantes de la función simbólica. Como artesanos de la ocasión. Jugar con los significantes en busca de nuevas significaciones.

Este juego que se mueve entre la magia de la ilusión y la falta de poder manejar lo que le rodea a su antojo, trata de colaborar en estimular en el niño la creación, en imaginar y producir un objeto, es decir, simbolizar.

Lo que advierto en los casos que estoy tratando de describir, es que el sujeto mismo es arrojado, al estilo de un carrete sin un hilo que lo sujete, en un acto imposible de metaforizar, anunciando en este caso, una pérdida que le resulta difícil elaborar, le faltan las palabras para lograrlo y así reemplazar gracias a ellas la expulsión.

Algo de lo originario se muestra anunciando un cierto fracaso para procesar la excitación pulsional por la vía de las representaciones. Fracaso que involucra a los objetos primarios y que la angustia descubre como fenómeno somático, la falta de una cubierta representacional habilitadora de posibles síntomas portadores de una expresión simbólica con sentido.

Del infans sólo podemos colegir imaginariamente, tras el relato del paciente, el escenario de sus primeros años de vida, de ese importante momento vital, por lo que se hace necesario, en nuestra clínica, la construcción de un escenario de sentimientos e imágenes que sirva de base para ir aportándole palabras a lo que no fue nombrado.

El lenguaje preexiste al recién nacido. Un orden simbólico organizado a partir de pactos, sacrificios, rituales, prohibiciones, tabúes, generando una estructura inconsciente, marco de referencia para la instalación de sus futuras identificaciones, para la construcción de su mundo.

Chillida se pregunta: ¿Qué es lo que manda? ¿El hueco o lo que lo delimita, lo que envuelve ese hueco?

Construcción a partir de un vacío estructurante. Crear un lugar para que ese vacío se exprese a partir de la función simbólica que aporta el otro, sobredeterminando así, por su influencia, lo imaginario, germen de toda creación.

En el infans el grito, como signo, antecede a la palabra. Será un llamado si el otro lo interpreta como tal. Sentir antes de conocer. Tiempo pre-simbólico. Tiempo de desamparo, de desvalimiento, inevitablemente traumático para un psiquismo en vías de construcción.

Cabe preguntarse las consecuencias sobre esa psiquis en formación si su grito no tiene una respuesta adecuada a su necesidad. Si lo traumático de un momento vital en el que no se cuenta con recursos para reconvertir sensaciones no recibe una mano amiga en función materna, que acompañe con actos y palabras a dar alivio y sentido a su sufrimiento.

Necesariamente hace falta un otro que ponga palabras, sentido a lo vivido, tanto endógeno como exógeno. ¿Cuales serán las consecuencias si en su momento nadie pudo escuchar su pedido de ayuda?

¿Si no tuvo a nadie que acompañe, que sostenga, que ofreciera un contexto de significación con el objetivo de colaborar en el despliegue de sus propias posibilidades y capacidades, para poder expresar su singularidad y autonomía?

La aportación de un primer relato, puede operar como suelo para proponer sobre él otros, dando así apertura a la introducción de nuevas palabras que llevarán consigo la posibilidad de crear un nuevo escenario de significación.

Dad palabras al dolor propone Shakespeare, poned un hilo al carrete de mi nieto, podría sugerir hipotéticamente Freud, y en esa línea es que yo propongo introducir hilos-palabras. No olvidemos que las palabras median con la acción y crean realidad, aunque también mienten.

Se trata de obtener el hilo a partir de frases que con cierta regularidad aparecen en el discurso del sujeto, ya que ellas, al ser reconocidas como propias, oficiarán de anclaje para acceder a darle una cierta significación a la actividad pulsional, reacia y resistente, como sabemos, a ser limitada en su accionar.

Un paciente se reconocía como la “oveja negra” de la familia. Rescatar como hilo-palabra esa identificación imaginaria que conformaba su identidad en la relación con el mundo, me permitió usarla en el análisis como metáfora de su estar en el mundo.

La palabra persona, deriva del latín, y se traduce como máscara del actor y que por metonimia pasó del teatro al individuo y luego al humano en general. Máscara que aporta una identidad, fundamentalmente estética.

La dificultad era grande ya que esa identidad sostenía una organización psíquica frágil, constantemente amenazada por un vacío intolerable, por lo que cualquier cosa que la pusiera en peligro podría transformarse en una actuación con alto contenido tanático.

Peleas, abandonos de actividades, enfrentamiento con la autoridad, etc. Todo en aras de sostener esa identidad que le daba sentido a su vida.

Ponerla en cuestión tiene el objetivo de intentar descubrir a través de un proceso de resignificación retroactiva, una identificación al rasgo generadora de un atributo con solidez simbólica.

En mis intervenciones tengo muy presente el que en alguna de ellas, se genere una actuación por parte del paciente, cosa que no es raro que ocurra, casi inevitables diría yo, dada la fragilidad de los recursos psíquicos que, sujetos con estas características, cuentan para enfrentarse a una crisis de su relato existencial.

Ineludibles y necesarias, agregaría, ya que si el análisis progresa, inevitablemente ello producirá una crisis, es decir una fractura del estado anterior y cuyos efectos no podemos pronosticar, sólo tener en cuenta que se producirá.

Y por supuesto, no debemos dejar de mencionar los riesgos a nuestras propias actuaciones, propiciadas por confundir, vía transferencia, nuestro lugar de analistas. Ya que estamos expuestos a ocupar, entre otras cosas, el lugar del objeto amenazante a atacar.

A partir de las distintas experiencias vividas, de los resultados de las mismas y ante la necesidad de construirme un marco clínico de referencia, propio, busco dar cuenta de lo que es mi proceder práctico.

Pensando en ello, se me ocurrió recurrir a la teoría que sostiene una técnica utilizada en quemaduras del cuerpo. La técnica se conoce como: injertos libres, utilizando auto-injertos. En este caso sería lo que Nelly Schnaith llama “Instrumentar ideas”. Es decir, un modelo extrínseco que permita imaginar un escenario imposible de materializar.

Con dicha técnica se trata de obtener una porción de tejido de una zona donante sin la preservación de su irrigación vascular. El Injerto libre se nutrirá́ del lecho receptor, a través de los vasos circundantes.

Es decir, se coge piel de un lado del sujeto y se coloca en otro sitio. La piel extraída no lleva vascularización, se alimentará de la zona receptora. Es el lecho receptor que aportará la sangre, como donante de vida.

El lecho receptor se preparará de tal forma que se presentará limpio de la vieja piel, si es posible sangrando. Es un trabajo de deconstrucción para permitir la posible nueva construcción.

En nuestra tarea el hilo-palabra lo pienso al estilo de ese injerto libre, el tejido donante sería el significante, sin vascularización, sin significación, que es trasladado a un lecho receptor, en nuestro caso un espacio nutrido por la transferencia oficiando de sostén del proceso, con la intención de ampliar en el paciente su dimensión simbólica, como en el caso del injerto, la isla de piel injertada intenta progresivamente ampliar sus dimensiones valiéndose del lecho receptor.

Toda organización psíquica tiene por delante en su construcción el trabajo de elaborar los duelos de la sexualidad y el cuerpo infantil, el de la identidad infantil, el de los padres de la infancia, camino a diferenciarse y poder hablar con voz propia.

Hacia allí vamos, la voz propia oficia como faro, una luz que no pocas veces desaparece detrás de una densa niebla que el relato o no relato del paciente propicia, momento en el cual me aferro, si es posible, a la transferencia, ya que pienso que es su fortaleza la que me permitirá seguir adelante a ciegas en la aventura analítica emprendida.

El éxito del injerto siempre estará condicionado a superar “la travesía del desierto” que se produce tanto en el traslado a un nuevo escenario como en que la vinculación propuesta funcione.

Que la transferencia entre ambos se instale. Pero a veces, la mala irrigación del tejido donante o el rechazo en el lecho del receptor, o lo que se conoce como una “mala práctica”, aboca a una necrosis de la piel injertada y la pérdida de la misma.

En nuestro caso, el intento desemboca en una simbolisis de lo que el hilo-palabra aspiró instalar con la pretensión de metaforizar aquellos significados que determinadas identidades congela.

Ya ven lo difícil que me resulta transmitir mi experiencia práctica. Experiencia que tiene como objetivo principal ampliar el campo simbólico del sujeto neurótico en análisis, para intentar una resigificación del vínculo con sus objetos primarios y lo que se desprende de su pasaje por lo edípico, en su elaboración de la castración.

Y por qué ese objetivo? Entiendo que el déficit en este campo dificulta favorecer dos elementos claves y necesarios para todo análisis, la demanda y el síntoma. Si ustedes prefieren, la metonimia y la metáfora.

Por tanto, veo necesario dedicar nuestro esfuerzo en ello. Teniendo en cuenta que se interpreta y construye una nueva realidad que aleja al sujeto de la seguridad que ilusoriamente promete la certeza de la identidad constituida. Y con ello un importante riesgo de pasaje al acto.

La culpa deriva en el sometimiento del Yo al superyó y hace necesaria una renuncia pulsional, cuyo resultado lleva a un acoso por parte de éste que se retroalimenta. Su relación con el Ello hace difícil desprenderse de aquello que atormenta y coacciona desde un ideal con el que el Yo se mide.

De más está decir que son rasgos que se presentan a menudo en la clínica que os estoy describiendo, y que generalmente se exteriorizan a través de pasajes al acto en donde Tánatos comanda la acción, mostrando una urgencia psíquica que muchas veces no es tenida en cuenta y que puede desembocar en un acto trágico, por ejemplo, enmascarado detrás de un accidente.

Urgencia psíquica necesitada de una palabra que pueda contener o desviar esa fuerza ciega representada por la acción pulsional. Responder ante ella requiere no sólo la química, aunque muchas veces también, sino una labor mediatizadora, presencial o telefónica, que apoyada en el vínculo transferencial, rescate al sujeto.

Así como se ve claro de que existen urgencias médicas que deben ser tratadas rápidamente, cuesta reconocer que también hay urgencias psíquicas y que requieren ser tenidas en cuenta en su particularidad, ya que escapan al saber médico, por lo que necesitan una respuesta singular, de ser posible, por parte de quien ocupa el lugar de interlocutor en la transferencia.

Una respuesta distinta, que no cuestiona ni rechaza, que no dice lo que se debe hacer, que permite hablar, que escucha y reconoce el sufrimiento del otro y que, en transferencia, busca implicarlo en la búsqueda de alivio a ese sufrimiento.

En transferencia, elemento que sostiene el vínculo necesario en el entre dos del análisis.

El “Pal de paller”, como se dice en Cataluña de algo que es fundamental dentro de una organización y que si cae hace imposible la continuidad de aquello que sostenía.

Por tanto, os sugiero hacer vacilar las certidumbres, revisar sin complejos nuestro hacer. Os propongo Freudiar, parafraseando a Juan Goytisolo con su “Cervantear”, aventurarnos en un territorio dinámico e incierto.

Reconociendo que la biología no nos ha dotado, a los humanos, con un programa que nos guíe para siempre en el mundo que nos ha tocado vivir.

Como escribe A. Manguell en su libro, *Nuevo elogio de la locura*: “El mundo tal cual lo reconocemos desde el momento en que nacemos, es una biblioteca de signos, un archivo de textos misteriosos, una galería de imágenes incitantes, que sentimos que debemos descifrar y leer.”

Interpretar, ese es nuestro sino como humanos frente a la realidad que vivimos.

Creo que en el psicoanálisis, poco a poco, la práctica clínica ha sido desplazada por discursos teóricos que si bien son indispensables como renovadores de nuestra disciplina, lejos están de poder sustituir a la experiencia clínica.

Ella habla otro idioma, no asimilable a un logos teórico que pretende entender un inconsciente inaccesible pero siempre protagonista en el conflicto psíquico. Por lo que es necesario no dejar de poner a trabajar los conceptos, pero, en este caso, desde la clínica.

La búsqueda de una Verdad no es compatible con ese inconsciente. Esta clínica, como apunta Antonio Gamoneda en *La prisión transparente* al hablar sobre la poesía del poeta austríaco Georg Trakl: “Buscaba datos invisibles en la realidad visible”. Datos que nos pueden orientar pero que no deben ser traducidos como Verdad.

Actualmente corremos el riesgo de dejarnos llevar por un imaginario social que necesitado de respuestas que fijen su sufrimiento en un diagnóstico, buscan en la evidencia científica la curación. A lo que se suma el identificarnos a través de algoritmos que se supone permiten conocernos.

Así, poco a poco, se termina por objetivar el humano.

Se reemplaza los saberes múltiples y contradictorios por saberes técnicos-científicos. Este tipo de lectura busca clasificar y etiquetar, lo que lleva implícito ignorar la subjetividad única que representa cada ser humano.

Una descripción científica puede tener poder predictivo y explicativo, pero no puede transmitir directamente la experiencia fenoménica que depende de la posesión de una psiquis singular.

En palabras de W. Benjamin, “No podemos hablar de las cosas sino tan sólo de nuestra experiencia de las cosas.”

Me alineo a las palabras queAntonio Machado pone en boca de su personaje *Juan de Mairena*: “En cuanto metafísicos, en nada hemos de aprovechar la matemática, porque *nada de lo que es* puede contarse ni medirse. Nuestros relojes nada tienen que ver con nuestro tiempo, realidad última de carácter psíquico, que tampoco se cuenta ni se mide”.

La vida psíquica, está fuera de ese tiempo medible, en ella sólo funciona la realidad psíquica que no responde a lo que se entiende por tiempo cronológico. Por tanto no es posible pensar la evolución del sujeto en términos lineales.

Como apunta P. Quignard, “La vida es una intensidad y el tiempo una medida”.

Mundo intrapsíquico, único, desde donde el sujeto se relaciona con los mundos que le rodean. Aspecto que se observa en lo difícil que es dialogar, ya que el sujeto tiende a considerar su realidad como “La realidad”. No puede ser de otra manera si reconocemos que toda esa realidad ha sido subjetivada por él.

En el acto clínico, la práctica psicoanalítica se transforma en arte. Y ya se sabe, en cuestiones de arte es importante la adquisición de conocimientos técnicos sumado a la experiencia práctica, aunque eso no es todo, ya que es la subjetividad del artista un elemento clave en el proceso de toda creación.

**Miguel Díaz**

**Bilbao, abril 2019**